



Diálogos Ecologistas: Transición en tiempos de crisis global

Luchas anti-extractivistas, alternativas y transiciones desde el ecologismo popular¹

Horacio Machado Aráoz

1.- A modo de introducción: el extractivismo como raíz y nodo estructural de un sistema de dominación mundial

Si bien el concepto de “extractivismo” ha pasado a ser un denominador común en el lenguaje político de nuestra época; si bien su uso se ha difundido masivamente en los años recientes, es claro que no se trata de un fenómeno nuevo, en absoluto. Más bien se trata de una cuestión que está en los orígenes histórico-políticos tanto de los problemas estructurales que atraviesan crónicamente a nuestras sociedades latinoamericanas, como de la problemática más general y de fondo que afecta hoy, a todo el género humano y al planeta: la de la crucial *crisis civilizatoria* y la inviabilidad manifiesta de las sociedades hegemónicas contemporáneas.

Así, cuando hablamos de extractivismo estamos aludiendo a la raíz estructural de los problemas que atravesamos como *humanidad*, como *comunidad biótica en la Tierra* y *de la Tierra*. No solamente estamos hablando de un “problema ambiental”, sino de un problema de fondo que tiene que ver con el *diseño político* del “modo de vida” moderno hegemónico; un patrón de poder sobre el que se erige un modo particularmente violento de concebir el mundo y de definir el modo de vivir y de producir la vida social humana. Ese patrón de poder piensa la Tierra como *objeto de conquista y de explotación*; concibe lo humano como *Sujeto único*, como *individuo cuya razón de ser es el dominio y el control del mundo*; piensa el desarrollo como *una carrera presuntamente infinita de explotación de la naturaleza*, y piensa el bienestar humano como resultante de un engranaje también supuestamente de *crecimiento infinito, de producción y consumo de recursos y mercancías*.

Ese patrón de poder tiene sus orígenes en la invasión, conquista y colonización de la entidad “América”; la explotación y el saqueo colonial de los territorios y pueblos “americanos” es lo que está en la raíz de una matriz de relacionamiento (de los humanos entre sí y de los humanos con el resto de la Naturaleza) basado en la apropiación violenta de los bienes comunes de la Tierra, para el usufructo y el enriquecimiento de unos pocos. Se trata de una matriz de poder que conjuga inseparablemente la dominación de los cuerpos con la depredación de los territorios así

¹ Documento de reflexión elaborado a partir del Diálogo “Venciendo la lógica extractivista”, realizado el 1 de septiembre de 2021 con la participación de Raquel Neyra (Perú), Tatiana Roa Avendaño (Colombia) y Emiliano Terán Mantovani (Venezuela), y la interlocución de Horacio Machado Aráoz. Se ha elaborado con la colaboración de Ana María de Veintimilla en la transcripción y sistematización de las intervenciones orales.

inferiorizados, en nombre de una supuesta “civilización” no sólo (auto)concebida como “superior”, sino ya “única”, “universal”.

Por eso, los orígenes de lo que llamamos “extractivismo” se remontan al *habitus* y a la economía política del *conquistador*, es decir, a un modo de concebirse “humano” a partir de la explotación (de la Tierra y de los cuerpos de otros humanos). *El extractivismo nace y crece con la conquista colonial y la explotación capitalista y patriarcal de los cuerpos/territorios así entendidos como mera “fuerza de trabajo” / “zonas de sacrificio”*. La violencia del despojo, la opresión de poblaciones reducidas a formas de trabajo forzado, la concentración de los medios de vida en pocas manos, la uniformización, el arrasamiento de la diversidad social y cultural de los territorios; la disolución de la comunidad de vida de esos territorios, todo eso, da cuenta de la matriz extractivista en base a la cual se ha erigido el mundo moderno-contemporáneo bajo el cual hoy la vida en sí se halla asfixiada, amenazada.

Desde 1492 hasta nuestros días, la entidad “América” ha sido simplemente pensada y (mal)tratada por las élites, como una “zona de sacrificio”, como una tierra “naturalmente” destinada a la explotación de sus bienes ecológicos y sus energías sociales. A medida que se ha ido expandiendo en el tiempo y en el espacio, a medida que se ha ido mundializando el extractivismo como dinámica geometabólica del capitalismo-colonialismo-patriarcado, ha ido avasallando, violentando y afectando cada vez más la complejidad del sistema de vida Tierra. *Llegamos al momento actual, del Antropoceno/Capitaloceno/Faloceno, como un momento crítico de la vida de la Tierra y en la Tierra*. La generalización de la depredación ha llevado a un acelerado agotamiento del mundo de la vida: esto significa no sólo el agotamiento de “recursos críticos” (energéticos, minerales, de equilibrios y procesos atmosféricos, climáticos, biológicos y geoquímicos), sino, más aún, el violentamiento crítico de las formas socialmente dominantes de vivir la vida y de comprender el sentido de la existencia.

Más de cinco siglos de generalización y mundialización extractivista es lo que ha detonado la crucial y terminal crisis civilizatoria en la que nos hallamos. El trastorno generalizado y extendido del sistema de Vida-Tierra, se manifiesta hoy no sólo a nivel geológico (crisis climática, calentamiento global, crisis de la biodiversidad, aceleración de las tasas de extinción de especies, acidificación de los océanos, etc.) sino también a nivel antropológico-político: vivimos sociedades ultra-violentas, atravesadas por múltiples fracturas, no sólo de desigualdades abismales, sino de modos de crueldad, de opresión, de desprecio, que sitúan a la especie en un devenir de creciente des-humanización. *Porque la violencia deshumaniza, tanto a quienes la sufren, y tanto más a quienes la ejercen*.

Así, *comprender qué es el extractivismo es comprender que no hay futuro posible dentro de sus contornos*. Es comprender que las luchas anti-extractivistas son luchas radicales, post-extractivistas; de construcción de horizontes civilizatorios absolutamente antagónicos a los imperantes. Estas luchas son, por eso, el epicentro donde se juega hoy el destino de la Vida y de la Humanidad en la Tierra. Son luchas por la Madre Tierra, pero también, inseparable y correlativamente, luchas por la rehumanización de lo humano. Esas luchas tienen hoy en Nuestra América, una vez más, un espacio estratégico de realización. *De allí, la necesidad de poner atención a lo que está aconteciendo en nuestros pueblos en re-existencia; aprender de las sujetas y colectivos implicados en las luchas anti-extractivistas; nutrirnos de ellas y dejarnos inspirar por ellas; abonar esos suelos políticos y contribuir a trazar caminos de transición y horizontes post-extractivistas. Reimaginar el mundo y alentar la vida, fuera y más allá de las garras del capitalismo, del colonialismo, del patriarcado*.

2.- Las luchas anti-extractivistas en el Perú: desafíos y aprendizajes²

En sus orígenes, el Perú fue el epicentro del poder colonial. Hoy es un país arrasado por una de las expresiones más violentas y desaforadas del extractivismo. La exportación de minerales ha crecido 5 veces en los últimos 20 años y ya representan el 60 % del total de exportaciones del país. Más allá de diferencias ideológicas y de otro tipo, las élites económicas y políticas del país manifiestan un férreo “consenso extractivista”: su único “plan de gobierno” pasa por ampliar las fronteras de las explotaciones mineras, petroleras y del agronegocio de exportación. El poder financiero de estas empresas inunda todos los espacios sociales e institucionales: los grandes eventos nacionales, como los del Bicentenario, las municipalidades, los partidos políticos, las escuelas, las universidades y los clubes deportivos, todo, pasa a ser un campo de financiamiento (y de soborno) por parte de los sectores extractivos. Mientras que las grandes transnacionales mineras se afianzan en las zonas andinas, las regiones agrícolas tradicionales se ven amenazadas por la expansión de grandes monocultivos de exportación (arándanos, uvas, aguacates, espárragos, cacao, palma aceitera) y la Amazonía, por la avanzada de la frontera petrolera y las explotaciones forestales. Incluso los programas globales impulsados desde organismos internacionales bajo lógicas conservacionistas (como el programa Red Plus de Naciones Unidas) se ejecutan bajo la lógica del despojo y desplazamiento de las poblaciones nativas.

En ese contexto, no es de extrañar que el Perú sea uno de los países en los que el extractivismo cobra ribetes de mayor violencia explícita y de mayores crímenes y violaciones de derechos contra defensoras/es ambientales. En los últimos 20 años, se ha producido el asesinato de más de 200 defensoras/es de territorios afectados por proyectos extractivistas. El racismo y el colonialismo estructural se cobra vidas y se prolonga incluso en la impunidad en la que quedan estos asesinatos. A las persecuciones, represiones y enfrentamientos directos desde las fuerzas policiales y militares contra las poblaciones, se suman también ahora, y cada vez más, la violencia igualmente expropiatoria del narcotráfico y la economía ilegal. Desde la Masacre de Bagua (2009) los gobiernos han tratado de evitar la avanzada militar y los enfrentamientos directos contra las poblaciones, pero en su lugar, han arreciado las violencias vinculadas al tráfico ilegal y el crimen organizado.

Pese a todo, aún ante semejante cuadro de adversidades, las comunidades cuyas vidas se hallan vinculadas al uso agrocultural de sus tierras, ensayan y sostienen alternativas no extractivistas. Entre ellas, se destacan las experiencias organizativas indígenas en la Amazonía, que en la última década vienen sosteniendo experiencias y procesos de *autogobiernos territoriales*. Congregadas en torno a AIDSESEP (Asociación Interétnica de Desarrollo de la Selva Peruana) más de 109 federaciones del Norte, Centro y Sur del Perú vienen luchando por la titulación integral de sus territorios, a través de vías de reivindicación judicial, pero también a través de formas económicas y políticas de uso y defensa efectiva de sus bosques, ríos, sus zonas de caza, recolección de frutos, pesca, cultivos y procesamiento artesanal de sus bienes territoriales integralmente considerados.

Precisamente, en contra de los proyectos Red Plus, las poblaciones amazónicas impulsaron los proyectos de autogobierno territorial, articulados a través de la Red Indígena Amazónica (RIA), con el objetivo de sostener una gestión autónoma integral de la vida económica, social y cultural de sus territorios. En ese marco, los proyectos incluyen propuestas muy interesantes de desarrollo lingüístico, integrando las cosmovisiones indígenas en los proyectos de salud y también la visión del Buen Vivir. Es interesante notar que justamente toda esta zona amazónica y sus habitantes, que han sido siempre denigrados y olvidados por los poderes hegemónicos, que han permanecido marginados y aislados, son las que más han sabido mantenerse y resistir a la penetración colonial,

² Este apartado está elaborado con base en la alocución de Raquel Neyra (Universidad Nacional Agraria de Lima).

preservando sus prácticas culturales y aspiraciones autonómicas; mucho más incluso que en las zonas andinas.

El escenario es, sin embargo, sumamente adverso, como se ha dicho. Aunque las titulaciones están amparadas en el marco legal, el Estado y los gobiernos son reacios a reconocer y respetar los territorios indígenas. A ello se suma la violencia del crimen organizado. Las regiones codiciadas por el poder extractivista se ven amenazadas por la avanzada de actividades ilegales, como el tráfico de tierras, de madera, las talas clandestinas, las plantaciones de coca (cabe tener presente que después de Colombia, el Perú es el segundo productor de cocaína) y, como en otras regiones se ve la articulación perversa entre estas economías criminales con proyectos extractivistas “legales”.

3.- Las luchas anti-extractivistas en Colombia: territorios y naturaleza en perspectiva ecofeminista³

Colombia viene de una lucha muy fuerte contra el modelo extractivo que, entre otros aspectos, está reflejado durante los últimos años en una intensa dinámica de consultas populares que permitieron frenar varios proyectos, algunos definitivamente y otros en procesos aún abiertos. En este marco han habido más de 100 solicitudes de consultas populares que el gobierno bloqueó, porque eran procesos que de manera masiva terminaron diciendo NO a los proyectos extractivos, y que, en algunas regiones del país, no se trata de la oposición a uno o dos proyectos sino a todo tipo de extractivismo: minería, petróleo, fracking. Eso generó dentro del movimiento social y sobre todo de los movimientos ambientalistas, un debate importante sobre el extractivismo y la necesidad de construir propuestas.

Otro elemento que ha dado fuerza a las luchas anti-extractivistas en Colombia, es que se han logrado producir múltiples articulaciones intersectoriales, como los casos del Congreso de los Pueblos, la Marcha Patriótica y, más recientemente, la Mesa Social Minero Energética. En estos espacios ha habido una articulación de organizaciones muy diversa, incluyendo los trabajadores y trabajadoras del sector extractivo, del petróleo, del sector eléctrico y del carbón particularmente, que ha facilitado abrir debates sobre crisis y transiciones energéticas que han logrado eludir las polarizaciones que en muchos casos se suelen dar entre sectores de trabajadores/as minero-energéticos y movimientos ecologistas, organizaciones campesinas y comunidades indígenas.

En este mismo sentido, ha sido muy fructífera la experiencia de la constitución de la Alianza Colombia Libre del Fracking. La lucha contra el fracking fue muy emblemática en todo el país, y logró instalar la advertencia de que si se permitía el fracking, se permitía cualquier cosa. Es así que la Alianza logró articulaciones muy poderosas como la adhesión del sindicato más importante, la Unión Sindical Obrera, que dijo NO al fracking en Colombia. De igual manera que los trabajadores del carbón pelearon porque no se abrieran nuevas explotaciones en La Guajira.

En el marco de todos estos procesos, cabe destacar la centralidad y relevancia de los aportes de las mujeres en las luchas anti-extractivistas y en la construcción de alternativas. Entre esos aportes hay que considerar, en primer lugar, el vínculo que las mujeres tienen con el territorio y la tierra. Las mujeres han sido vitales en la gestión de los bienes comunes, las aguas, las semillas, el mantenimiento de la biodiversidad y las economías diversificadas como base del sustento propio y la autonomía política de los territorios. Justamente, muchas veces como resultado de las restricciones que el régimen patriarcal les impone en el acceso y participación en la economía del dinero y de los valores de cambio, las mujeres han construido un mayor arraigo territorial desde sus

³ Este apartado está formulado a partir de las intervenciones de Tatiana Roa Avendaño (Censat) durante el conversatorio.

huertos y jardines, y con sus prácticas productivas en general. En este sentido, dentro de ese vínculo, es clave el papel de las mujeres como portadoras y educadoras de la comunidad en relación a los conocimientos ancestrales sobre los territorios; los conocimientos que nacen de las conexiones femeninas y colectivos con los ciclos de la naturaleza, los ciclos del agua, de la luna, con los ritmos de la agricultura y de la cría de animales, los ciclos de los cuerpos y los saberes de medicina tradicional y de la salud colectiva.

Un segundo aporte tiene que ver con la firmeza y la particularidad de la mirada crítica de las mujeres en las luchas anti-extractivistas. Probablemente como consecuencia de que las mujeres son las que más sufren y se hallan más expuestas a la violencia y las vulnerabilidades que generan los entornos extractivistas, a la hiper masculinización de esos territorios, es que también aportan las miradas más críticas y las posiciones más claras e incorruptibles sobre los proyectos extractivistas y sus “promesas” de “desarrollo”. Sus miradas y sus sensibilidades aportan un enfoque anti-colonial y antipatriarcal, que va directo a cuestionar el tipo de vínculos que el extractivismo supone con los territorios y entre las personas y que ponen en el centro de los procesos políticos de re-existencia, la necesidad de recuperar y de cuidar los vínculos que se han roto con la naturaleza y también los vínculos al interior de las comunidades.

De la firmeza de las resistencias emerge también la construcción colectiva de propuestas y alternativas. Muchas de estas alternativas son experiencias prácticas y saberes colectivos que están dando vida a los territorios, como los casos de las mujeres Wajú y afrocolombianas en La Guajira, involucradas en procesos de remediación y de transición desde una economía del carbón hacia territorios más saludables; las mujeres del Magdalena Medio y del Cauca, que van transitando desde regiones atrapadas por monocultivos, hacia transiciones agroecológicas y economías campesinas diversificadas. Muchas de estas experiencias están sistematizadas y también teorizadas en dos publicaciones de Censat: “Como el agua y el aceite. Conflictos socioambientales por la extracción petrolera”⁴ y “Energías para la transición. Reflexiones y relatos”⁵.

En relación a las transiciones, en este último libro se plantea la necesidad de pensar la energía desde una perspectiva múltiple, que contemple la diversidad de dimensiones y aspectos de vida ligadas a los distintos tipos de fuentes y usos de energías. La transición, en este caso, no la concebimos apenas como un cambio de “matriz energética”, sino como un proceso de redefinición integral de nuestras sociedades. Las energías son un eje neurálgico para la gran transición civilizatoria que precisamos hacer.

En ese plano, también destacamos que esto es no es una tarea de “expertos” sino de comunidades expertas, que son las que tienen que ir reconstruyendo los vínculos y las dinámicas de la vida colectiva, en base a formas de uso y gestión de las energías bajo paradigmas de justicia y sostenibilidad, en un marco de interdependencia. En ese sentido, es claro que la sostenibilidad energética es una tarea de recreación de las comunidades de vida, de los vínculos y flujos de interdependencia de los humanos con el territorio y de los humanos entre sí. Por eso se trata de apuestas y construcciones colectivas, no de “expertos” individuales, ni de cambios que se pueden imponer desde arriba. Para producir transformaciones importantes y en el sentido que las precisamos, los cambios, las transiciones tienen que gestarse desde lo común, desde adentro hacia fuera.

En ese sentido, lo que nos enseñan las mujeres -como las del Colectivo de Reservas Campesinas y Comunitarias de Santander- es que las transiciones no están allá lejos; no se hacen

4 <https://censat.org/es/publicaciones/como-el-agua-y-el-aceite-conflictos-socioambientales-por-la-extraccion-de-petroleo>

5 <https://transiciones.info/publicaciones/energias-para-la-transicion-reflexiones-y-relatos/>

desde arriba, ni nos hablan de un gran modelo futuro, sino que se van haciendo; van marchando en las articulaciones entre los ciclos del agua, de los nutrientes y los alientos, la energía solar que es incorporada a la vitalidad de los cuerpos y la creatividad de los territorios. Son experiencias concretas las que van haciendo las transiciones, como la de la Red Biocol, que promueve la energía de la biomasa y tiene propuestas maravillosas en muchas partes del país, o las redes de arquitectura sostenible que a través de la permacultura nos enseñan prácticas de construcción sustentable; o los activismos urbanos por la bicicleta, como clave para la movilidad sustentable. Mirando ese panorama, se puede proponer una noción de la transición o de las alternativas como pequeñas islas que pueden llegar a constituir un gran archipiélago de sustentabilidad y que re-piensa esas relaciones con los alimentos, la energía, el agua, para lograr realmente las transformaciones culturales que requiere la sociedad.

4.- De las luchas anti-extractivistas a las transiciones post-extractivistas⁶

Las luchas anti-extractivistas y la búsqueda y construcción de alternativas y transiciones hacia otros modelos de sociedad y de producción social de la vida colectiva, están aconteciendo en un mundo en crisis, en un mundo en plena transformación, con cambios radicales que se vienen desplegando simultáneamente, de manera imprevista e imprevisible. Esto implica enormes desafíos, porque significa plantear que efectivamente *estamos caminando ya dentro de un mundo completamente nuevo*, el mundo de la crisis civilizatoria y del Antropoceno/Capitaloceno, que implica grandes transformaciones que están en curso, que no podemos detener y prever sus efectos y en medio de las cuales debemos procurar nuestras propuestas de salidas post-extractivistas.

En ese plano, es clave tener presente que *las transiciones ecológicas post-extractivistas*, antes que una serie de fórmulas político-metodológicas, de protocolos o de procesos normativos, *involucran un horizonte de lucha*, un escenario de crisis y de reconfiguración de fuerzas y de relaciones de poder donde diferentes actores y sectores van dirimiendo el curso de los procesos y el sentido de los cambios. Las transiciones se van dando en el interior de esa dinámica de conflictividad y de luchas sociales. En todas las etapas previas de la humanidad, las transformaciones por más derechos, por condiciones más igualitarias y justas de vida social, han estado precedidas por intensos procesos de conflictividad. Y eso es lo que estamos viendo hoy, sobre todo, acá en Nuestra América. Las irrupciones populares y los procesos constituyentes que se abrieron en los distintos países de la región -cada uno con sus propias dinámicas y sus temporalidades, pero también en lo que tienen en común, o como convergencias- son una de las manifestaciones de esos procesos de cambio. No todo es cambio constitucional, ni las transformaciones que buscamos están contenidas en normas, pero sí son procesos que están atravesados por esas luchas, y de lo que se trata es que esas transformaciones concretas, en las vidas, en las prácticas cotidianas, en los imaginarios y en la materialidad de los territorios, todo eso se va con-moviendo al interior de las luchas sociales del presente.

Dicho esto, es importante también aclarar a qué nos referimos con “transiciones post-extractivistas”, con “transiciones energéticas”, pues se trata ya de tópicos que hacen parte de lo que está en disputa. No podemos desconocer que los actores hegemónicos también son quienes están hablando de “transición” y, de hecho, tienen planificaciones y proyectos para dirigir esos cambios en función de sus intereses. Por eso, es fundamental aclarar-nos desde nuestro campo del ecologismo popular, qué es y qué no es para nosotros una transición ecosocial post-extractivista. En ese sentido, hay que decir que, para nosotros, *transición post-extractivista no es sólo una crítica a las economías primarias exportadoras con vías a un desarrollismo industrial*. En un sentido, tanto las

⁶ Este apartado está elaborado tomando en cuenta los aportes planteados en el conversatorio por Emiliano Terán Mantovani (Observatorio de Ecología Política de Venezuela).

economías primario-exportadoras como las economías industrializadas son dos partes y dos subsistemas de un mismo régimen de acumulación, de un mismo sistema de poder mundial; y lo que estamos buscando no es pasar de un bando/hemisferio al otro. Incluso suponiendo que eso sea posible, no es lo que buscamos: nuestra crítica al carácter primario-exportador de nuestras economías dependientes no apunta a un nuevo tipo de desarrollismo industrial; buscamos, más bien, un cambio integral en el sistema de acumulación capitalista, colonial, patriarcal, eurocéntrico. Y el industrialismo es también otra versión de ese mismo sistema.

En segundo lugar, ***las transiciones a las que apuntamos tampoco tienen nada que ver con un tránsito hacia modelos de negocio verde***. La economía verde es el nombre de una nueva trampa que nos están tendiendo. Sabemos que en el marco de los nuevos grandes proyectos de reestructuración que las grandes potencias han puesto en marcha - el *Green New Deal* estadounidense, el programa *Next Generation* europeo-, están previstas enormes cantidades de inversión en el tema ambiental y de cambio climático, como nunca en la historia, y lo están aplicando. Pero hay que verlas con mucho cuidado porque pueden ser tanto falsas soluciones, como una manera del capitalismo de abrir un nuevo ciclo de acumulación.

Un tercer aspecto a aclarar es que ***una transición post-extractivista tampoco es solamente apuntar a una sociedad llamada “descarbonizada”***. La idea de sostener la misma economía (con su misma lógica, con su dinámica, reglas y objetivos), solo que ahora -presuntamente- basada en “energías limpias”, renovables, no sólo es una falacia imposible de realizar, sino que es un espejismo ideológico que tiene el efecto de reducir el horizonte político de la transformación. Como ya ha sido dicho, no se trata apenas de cambiar la matriz energética para “pasarnos a las renovables”; se trata de un cambio sistémico.

Si el extractivismo es un régimen de poder sobre el entramado de la vida, lo que estamos buscando en términos de transición es un cambio en todo el sistema de vida, en las formas de entender la riqueza, el territorio, la energía y los procesos vitales; un cambio en la forma de concebir nuestra vida y de producir la vida humana, con criterios de justicia y democracia al interior de nuestras sociedades, y con criterios también de equidad y sustentabilidad para con la vida no humana, la biodiversidad en general de la que hacemos parte. La transición a la que apuntamos, en definitiva, implica una gran mudanza hacia otro paradigma epistémico y político: re-crear nuestras formas de ser y estar en la Tierra y con la Madre Tierra.

5.- A modo de reflexión final. Sobre la dimensión política de la transición: *del individualismo competitivo al comunalismo cooperativo*

Tras las impresiones, los análisis y las reflexiones compartidas emerge a la vista la magnitud de los desafíos; la radicalidad y la profundidad de la crisis capitalocénica en la que estamos inmersos y por la que estamos atravesando como especie, como comunidad biótica humana, sostenida - seamos conscientes de ello, o no- en la trama multiespecie de la biodiversidad terráquea que nos provee de las fuentes materiales y espirituales de nuestra propia vida. La crisis civilizatoria de la que hemos venido hablando, es una crisis cuyas raíces se hunden en el extractivismo como una matriz de poder sobre el cual reposa la gestión capitalista-colonial-patriarcal del mundo. Se trata, como vimos, de una gestión que malversa sistemáticamente las fuentes de vida; las energías vitales son continuamente trasvasadas desde el mundo de la reproducción hacia la esfera necroeconómica de la acumulación de valor abstracto, del dinero.

El estado de degradación del mundo de la vida, tras más de cinco siglos de esta dinámica geometabólica, es terminal. Estamos ante una crisis terminal. Como indica Donna Haraway respecto al Antropoceno/Capitaloceno/Faloceno, no se trata de una nueva era geológica más; este nuevo

tiempo no puede inducirnos al error o a la confusión de que tenemos cientos de millones de años más por delante. Donna Haraway nos dice que el Capitaloceno es un “evento límite”⁷, un tiempo de crisis radical donde la vida nos demanda cambios igualmente radicales e integrales. Pensar la sustentabilidad de la vida hoy en términos realistas implica y requiere esa radicalidad; lejos de suponer “resignarnos” o adecuar los cambios deseados a los márgenes de “lo posible”, el realismo hoy nos demanda adecuar los cambios a la envergadura de la crisis, a la dimensión de los peligros y a la raíz de las causas que no sólo nos están matando, sino que están degradando la propia humanidad de lo humano.

En ese marco, es central remarcar un concepto que ha sido planteado: la transición no es algo que va a pasar, sino que es algo que ya está pasando; no tiene la forma de un camino o un proceso político que se da reguladamente desde arriba (ya sea desde los estados, los gobiernos, o las élites), ni es una fórmula predeterminada que tenemos “los de abajo”. La transición realmente existente se nos presenta como un campo de lucha y un horizonte de disputas civilizatorias, ecológicas, políticas, socioculturales, económicas; incluso epistémicas: porque lo que está en juego también es la forma en la que comprendemos el mundo y los modos en los que concebimos y producimos el conocimiento humano.

La gran transición en la que estamos inmersos se nos presenta entonces como una gran lucha entre diferentes sujetos históricos. Las y los defensores ambientales, que están pagando con sus vidas el resguardo de sus territorios como medios de vida y espacio social sedimentado de sus modos de vivir, son los sujetos que nos inspiran, nos orientan, nos animan y nos impulsan a ir “haciendo camino al andar”. Como cambio social histórico, la gran transición es un momento social y político revolucionario, de cambios estructurales y radicales, sólo que esta vez lo que está en juego no es sólo un nuevo horizonte posible de justicia, de derechos, libertades, con-vivencia pacífica en un plano de confraternidades ampliadas... También está en juego, nuestra propia supervivencia como especie, porque ya no hay margen para una nueva escalada de “más de lo mismo”. Como vimos, desde las élites del poder ya conciben y ejecutan una “transición” que está diseñada como una nueva oleada de mercantilización/acumulación. Para ellos, la crisis energética, la crisis climática y ecológica en general, son una oportunidad para reimpulsar un nuevo ciclo de acumulación, es decir, de despojo, de nuevas formas de violencia, de innovaciones tecnológicas orientadas a escalar todavía más la intensidad y extensión de las explotaciones sobre los territorios y los cuerpos. Y la verdad es que *el Capitaloceno, como evento límite, significa que no hay margen ya para más explotación.*

Frente a ese proyecto de muerte, las y los defensores de la Madre Tierra están caminando por otros caminos y en otra dirección. Resguardar los territorios como espacios de vida es la modalidad de la transición en marcha. Las luchas en defensa de los territorios como *refugios de vida*, son también el útero epistémico-político en el que se gestan esas nuevas subjetividades, nuevas sociabilidades, sensibilidades y conocimientos profundamente comprometidas con la valoración, la crianza y el cuidado de la vida. La lucha es un campo de aprendizaje político; y es el espacio de gestación de los sujetos históricos del cambio. No hay “sujeto revolucionario” predeterminado, ni imaginamos una revolución como un programa, una serie de planes a aplicar luego de la “toma del poder”. *La revolución es la re-existencia; se hace en y desde la re-existencia; las y los sujetos revolucionarios nacen de ella.*

La fecundidad pedagógico-política de las luchas anti-extractivistas (como vimos, luchas por la descolonización, la despatriarcalización y la desmercantilización del mundo) alumbró esas *comunidades expertas en la transición que nos esperan*. Esas luchas dan lugar a una forma de *expertice* social como la trama de aprendizajes colectivos emergentes de y desde las prácticas comunales de sobre-vivencia y con-vivencia; no es la *expertice* de los sistemas tecnoburocráticos,

⁷ <https://revistaleca.org/journal/index.php/RLECA/article/view/53>

materializada en dispositivos, protocolos e individuos desconfigurados y desarraigados de sus tramas vitales.

Y algo fundamental que nos enseñan y que sólo podemos aprender en esas luchas de re-existencia, es la sociabilidad política que requiere la transición como cambio revolucionario de nuestro modo de ser y habitar el mundo. Porque, *si bien como especie estamos naturalmente convocados a ser y vivir en-común-unidad, la comunidad de vida humana no es un dato biológico, sino una construcción política*. En nuestro sobre-vivir, vamos aprendiendo (mal o bien) a construir comunidad-es; ninguna sociedad humana ha podido prescindir de esa forma. Visto así, no hay una única forma de “comunidad humana” posible ni deseable, aunque sí las hay “mejores” y “peores”; algunas, que son más aptas para el despliegue de nuestras potencialidades de con-vivencia y otras, más inadecuadas, **con contraindicadas varias**.

Así, desde esta perspectiva, la gran transición en la que estamos embarcados es, desde este punto de vista, un gran desafío plagado de peligros y amenazas; pero es también una gran oportunidad histórica, geológica y política: para sobrevivir estamos conminados a reaprender a convivir; a vivir-con, es decir, a recrear un modo de existencia que plasme un modo especialmente consciente y respetuoso de quienes son nuestra/os compañera/os de vida; entendiendo la confraternidad (intraespecífica, pero también inter-especies) no como un componente “ideológico”, ni como una “ficción o un mandato moralista”, sino como una condición material de la vida. Si queremos sobre-vivir a esta crisis estamos confrontados al desafío de re-aprender y re-emprender los caminos de la con-vivencialidad, de la cooperación social; lo que implica desandar el camino “civilizatorio” hecho de la lógica de la guerra perpetua y la competencia ciega, hasta la muerte, en la que hemos sido mal-educados. *En las luchas de re-existencia, aprendemos a construir comunalidad*.

No hay transición energética sin una pedagogía política -comprendida como proceso político-práctico de inter-aprendizaje- que nos “enseñe” a construir comunidad y a convivir como comunidad. La comunidad no es una entidad romántica; implica una energía social regulada por y para la vida. Por tanto, implica una matriz de relacionalidad circular, de flujos energéticos ordenados en función de criterios de reciprocidad, inter-dependencia, mutualidad, compromiso colectivo; en fin, una matriz de esfuerzos y disfrutes equitativamente compartidos. Eso es la antítesis del paradigma del conquistador, que es lo que -como vimos- subyace a la lógica del poder extractivista. Esta transformación de las energías vitales, la que se da en el plano de las subjetividades y de las sensibilidades, es el aspecto más complejo y desafiante de la transición energética que precisamos hacer; pues si bien son enormes los desafíos tecnológicos y políticos que implica cambiar la matriz de las energías exosomáticas que usa la sociedad hegemónica, más difícil y desafiante es todavía el cambio en las energías endosomáticas, en las energías vitales, emocionales que mueven a los organismos humanos vivientes. Necesitamos cuerpos con-movidos por la maravillosa complejidad de la vida de la Tierra, en la Tierra y con la Tierra; cuerpos sintientes y conscientes de la Tierra como gran comunidad de comunidades con-vivientes.

Si la especie humana tiene posibilidades de futuro, esas posibilidades, *esa esperanza está puesta en la medida en que un comunismo cooperativo pueda sobreponerse a la lógica del individualismo competitivo*. La gran crisis nos reta a reaprender y a complejizar nuestras formas de producir cooperación social, de producir redes de mutualidad, reciprocidad y con-fraternidad. Eso es sembrar alternativas. La construcción de territorios sustentables, es la construcción de territorios sociobiodiversos, autonómicos. Y eso va de la mano de construir horizontalidad, de des-jerarquizar; desarmar esa matriz de poder vertical, eso es despatriarcalizar y descolonizar. Sentirnos como compañeras y compañeros, seres convivientes dentro de la gran Madre Tierra, en tanto Gran Comunidad, de comunidades multi-especies que albergan y sostienen la vida. Ante los múltiples escenarios de colapsos posibles, nuestras posibilidades de sobrevivencia como especie, están

vinculadas a la posibilidad de reaprender-nos y re-hacer-nos, re-entramar-nos como comunidades de vida, dentro del gran útero de la Madre Tierra.